

CAPITULO XIV.

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

No me quedé muy contento con la ausencia de D. Tadeo: su falta cada día me era más sensible, por que no me fué fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve; pero todos me salieron averiados, pues el que no era ébrio, era jugador: el que no era jugador, enamoraba: el que no enamoraba, era flojo: el que no tenía este defecto era inútil, y el que era hábil, sabía darle sus desconocidas al cajón.

Entonces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno, y como se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir á México con frecuencia á mis negocios. Visitaba á mi amo, á quien cada día merecía más pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver á Pelayo ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.

Casualmente encontré un día al padre capellan de mi amo el chino en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre capellan tenía mucha retentiva ó conservaba fijamente las ideas que aprendía con viveza, y como por mí disfrutaba el acomodo que tenía, y fué causa de que saliera yo de la casa de su patron, retuvo muy bien en su fantasía mi figura, y al instante que me vió me conoció, y mirando que el padre Pelayo me hacia mucho aprecio, me habló con el mismo, y satisfecho de la mutacion de mis costumbres por sus preguntas, por el asiento de mi conversacion y por el informe de Pelayo, se me dió por conocido, alabó mi reforma, procuró confirmarme en ella con sus buenos consejos, me dió las gracias por el influjo que habia tenido en su colocacion, me aseguró en su amistad y me llevó á la casa del asiático, á pesar de mi resistencia, porque le tenía yo mucha vergüenza.

Luego que entramos le dijo el capellan: aquí tiene vd. á su antiguo amigo y dependiente Don Pedro Sarmiento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de vd. porque no es un jóven vicioso ni atolondrado;

sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada á las leyes del honor y de la religion.

Entónces mi amo se levantó de su butaque, y dándome un apretado abrazo me dijo: mucho gusto tengo de verte otra vez y de saber que por fin te has enmendado y has sabido aprovecharte del entendimiento que te dió el cielo. Siéntate: hoy comerás conmigo, y creete que te serviré en cuanto pueda, mientras que seas hombre de bien; porque desde que te conocí te quise, y por lo mismo sentí tu ausencia; deseaba verte, y hoy que lo he conseguido estoy harto contento y placentero.

Le di mil gracias por su favor; comimos, le informé de mi situacion y en donde estaba; le ofrecí mis cortos haberes, le supliqué que honrara mi casa de cuando en cuando; y despues de recibir de él las mas tiernas demostraciones de cariño, me marché para mi San Agustin de las Cuevas aunque ya no se disolvió la amistad reciproca entre el asiático, su capellan y yo; porque los visitaba en México, los obsequiaba en mi casa cuando me visitaban, nos regalábamos mutuamente y nos llegamos á tratar con la mayor afabilidad y cariño.

Tambien en uno de los dias que venia á México, encontré al pobre Andresillo muy roto y despilarrado: me habló con mucho respeto y estimacion, me llevó casi á fuerza á su casa, me dió su buena mujer de almorzar, y el pobre no supo qué hacerse conmigo para manifestarme su gratitud.

Yo me compadecí de su situacion, y le pregunté que por qué estaba tan de capa caída, que si no valia nada su oficio, que si él jugaba ó era muy disipadora su mujer? Nada de eso hay, señor, me dijo Andrés, yo ni conozco la baraja, no soy tan chambon en mi oficio, y mi mujer es inmejorable, porque se pasa de económica á mezquina; pero está México, señor, hecho una lástima. Para diez que se hacen la barba, hay diez mil barberos, ya sabe su mercé que en las ciudades grandes sobra todo, y así croque hay más barberos que barbados en México. Solamente los domingos y fiestas de guardar rapo quince ó veinte de á medio real, y en la semana no llegan á seis. Esto de dar sangrías, echar ventosas ó sanguijuelas, curar cáusticos y cosas semejantes, apenas lo pruebo: con esto no tengo para mantenerme, porque en la ciudad se gasta doble que en los pueblos, y como primero es comer que nada, cate vd. que lo poco que gano me lo como, y no tengo ni conque vestirme, ni conque pagar la acesoría.

Condolido yo con la sencilla narracion de Andrés, le propuse que si queria irse á mi casa, lo acomodaria de cajero, dándole lugar á que buscara lo que pudiera con su oficio.

El infeliz vió el cielo abierto con semejante propuesta, que admitió en el momento, y desde luego dispuso sus cosas de modo que en el mismo dia se fué conmigo.

El era vulgar, pero no tonto. Fácilmente aprendió el mecanismo de una tienda, y me salió tan hombre de bien, que en puntos de despacho y fi-

delidad no extrañaba yo á mi buen amigo Don Tadeo, á quien tampoco dejé de visitar ni á su yerno Don Jacobo, á quien visité en su casa con frecuencia, y tuve el gusto de verlo casado y contento con la Srita. Doña Rosalía, á la que vi muy niña cuando la conocí por hija del trapiento.

Estas amistades tuve y conservé cuando fuí hombre de bien, y jamás hubo motivo de arrepentirme de ellas. Prueba evidente de que la buena y verdadera amistad no es tan rara como parece: pero esta se halla entre los buenos, no entre los pícaros, aduladores y viciosos.

Cosa de cuatro años viví muy contento en el estado de viudo en San Agustín de las Cuevas adelantando á mi amo su principal, contando quieto y sosegado seis ú ocho mil pesos míos, visitando muy gustoso á mi amo, al chino, á Roque, á Pelayo, á Jacobo y á Tadeo, y durmiendo con aquella tranquilidad que permite una conciencia libre de remordimientos.

Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, ví llegar al meson, que estaba inmediato, una pobre mujer estirando un burro, el que conducía á un viejo miserable. El burro ya no podía andar, y si daba algunos pasos era acosado por una muchachilla que venia tambien azotándole las ancas con una vara.

Entraron al meson, y á poco rato se me presentó la niña que era como de catorce años, muy blanca, rota, descalza, muy bonita y llena de congoja, tartamudeando las palabras y derramando lágrimas en abundancia me dijo: Señor: sé que vd. es el dueño del meson: mi padre viene mu-

riéndose y mi madre tambien. Por Dios, denos vd. posada, que no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino.

He dicho que yo debí á Dios una alma sensible y me condolia de los males de mis semejantes en medio de mis locuras y extravíos. Segun esto fácil es concebir que en este momento me interesé desde luego en la suerte de aquellos infelices. En efecto, me pareció muy poco el mandar alojarlos en el meson, y así respondí á la mensajera, niña, no llores: anda y haz que tu madre y tu padre vengan á mi casa, y díles que no se aflijan.

La niña se fué corriendo muy contenta y á pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Lo hice entrar en mi casa, ordené que les dieran un cuarto limpio, y que los asistieran con mucho cuidado.

Conforme á mis órdenes, Andrés dispuso que les pasieran camas, y que les dieran de cenar muy bien, sin perdonar quanto gasto consideró necesario á su alivio.

Yo me alegré de verlo tan liberal en los casos en que una extrema necesidad lo exigia, y á las diez de la noche, deseando saber quiénes eran mis huéspedes, entré á su cuarto y hallé al pobre viejo acostado sobre un colchoncito de paja: su esposa, que era una señora como de cuarenta años ó poco ménos, estaba junto á su cabecera, y la niña sentada á los piés de la mi madre cama.

Luego que me vieron, se levantaron la señora y la niña, y el anciano quiso hacer lo mismo, mas yo no lo consentí, antes hice sentar á las pobres mujeres y yo me acomodé inmediato al enfermo.

Le pregunté ¿de donde era, qué padecía y cuando ó cómo lo habían robado?

El triste anciano, manifestando la congoja de su espíritu, suspiró y me dijo: señor, los más de los acaecimientos de mi vida son lastimosos: vd. á lo que me parece, es bastante compasivo, y para los corazones sensibles no es obsequio el referirles lástimas.

Es cierto, amigo, le contesté, que para los que aman como deben á sus semejantes, es ingrata la relacion de sus miserias; pero tambien puede ser motivo de que experimenten alguna dulzura interior, especialmente cuando las pueden aliviar de algun modo.

Yo me hallo en este caso, y así quiero oír los infortunios de vd. no por mera curiosidad, sino por ver si puedo serle útil de alguna manera.

Pues señor, continuó el pobre anciano, si ese es sólo el piadoso designio de vd., oiga en compendio mis desgracias.

Mis padres fueron nobles y ricos, y yo hubiera gozado la herencia que me dejaron si hubiera sido mi albacea hombre de bien; pero este dispó mis haberes y me vi reducido á la miseria. En este estado serví á un caballero rico que me quiso como padre, y me dejó cuánto tuvo á su fallicimiento. Me incliné al comercio, y de resultas de un contrabando, perdí todos mis bienes de la noche á la mañana. Cuando comenzaba á reponerme, á costa de mucho trabajo, me dió gana de casarme y lo verifiqué con esta pobre señora, á quien he hecho desgraciada. Era hermosa: la llevé á México: la vió un marqués: se apasionó de ella: ha-

lló una honrada resistencia en mi esposa y trató de vengarse con la mayor villanía: me imputó un crimen que no habia cometido y me redujo á una prision. Por fin á la hora de su muerte le tocó Dios, y me volvió mi honor y los intereses que perdí por su causa. Sali de la prision y... Perdone vd., señor, le interrumpí diciéndole: ¿Cómo se llama vd.?—Antonio.—¿Antonio!—Si señor.—¿Tuvo vd. algun amigo en la cárcel á quien socorrió en los últimos dias de su prision? Si tuve, me dijo, á un pobre jóven, que era conocido por Periquillo Sarmiento, muchacho bien nacido, de fina educacion, de no vulgares talentos y de buen corazón, harto dispuesto para haber sido hombre de bien; pero por su desgracia se dió á la amistad de algunos pícaros; estos lo pervirtieron y por su causa se vió en aquella cárcel.

Yo, conociendo sus prendas morales, lo quise, le hice el bien que pude, y aun le encargué me escribiera á Orizava su paradero. El mismo encargo hice á su escribano, un tal Chaofaina, á quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel: pero ni uno ni otro me escribieron jamás. Del escribano nada siento y acaso se aprovecharia de mi dinero; pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

Con razon, señor, le dije; fué un ingrato: debia haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como vd. Quién sabe cuáles habrán sido sus fines; pero si vd. lo viera ahora, ¿lo quisiera como antes?

Si lo quisiera, amigo, me dijo: lo amaria, como

siempre.—¡Aunque fuera un pícaro!—Aunque fuera. En los hombres debemos aborrecer los vicios, no las personas. Yo desde que conocí á ese mozo viví persuadido en que sus crímenes eran mas bien imitados de sus malos amigos, que nacidos de malicia de su carácter. Pero es menester advertir, que así como la virtud tiene grados de bondad, así el vicio los tiene de malicia. Una misma accion buena puede ser más ó menos buena, y una mala, más ó menos mala, según las circunstancias que mediaron al tiempo de su ejecucion. Dar una limosna siempre es bueno; pero darla en ciertas ocasiones, á ciertas personas, y tal vez darla un pobre que no tiene nada superfluo, es mejor, ya porque se da con más orden, y ya porque hace mayor sacrificio el pobre cuando da alguna limosna que el rico, y por consiguiente hace ó tiene más mérito.

Lo mismo digo de las acciones malas. Ya sabemos que robar es malo; pero el robo que hace el pobre acosado de la necesidad, es menos malo ó tiene menos malicia que el robo ó defraudacion que hace el rico que no tiene necesidad ninguna, y será mucho peor ó en extremo malo si roba ó defrauda á los pobres. Así es que debemos examinar las circunstancias en que los hombres hacen sus acciones sean las que fueren, para juzgar con justicia de su mérito ó demérito. Yo conocí que el tal muchacho Periquillo era malo por el estímulo de sus malos amigos, más bien que por la malicia de su corazón, pues vivía persuadido de que quitándole estos provocativos en-

migos, él de por sí estaba bien dispuesto á la virtud.

Pero, amigo, le dije, si lo viera vd. ahora en estado de no poderlo servir en lo más mínimo, ¿lo amara? En dudarle me agravia vd., me respondió: ¡pues qué vd. se persuade á que yo en mi vida le he amado y apreciado á los hombres por el bien que me puedan hacer? Eso es un horror. Al hombre se ha de amar por sus virtudes particulares, y no por el interes que de ellas nos resulte. El hombre bueno es acreedor á nuestra amistad aunque no sea dueño de un real; y el que no tenga un corazón emponzoñado y maligno, es digno de nuestra conmiseracion por más crímenes que cometa, pues acaso delinque ó por necesidad ó por ignorancia, como creo que lo hacía mi Periquillo, á quien abrazaría si ahora lo viera.

Pues digno amigo, le dije arrojándome á sus brazos, tenga vd. la satisfaccion que de a. Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo á quien tanto favor hizo en la cárcel: yo soy aquel jóven extraviado: yo el ingrato ó tonto que ya no le volví á escribir, y yo el que desengañado del mundo, he variado de conducta y logro la inexplicable satisfaccion de apretarlo ahora entre mis brazos.

El buen viejo lloraba enternecido al escuchar estas cosas. Yo le dejé y fui á abrazar y consolar á su mujer, que tambien lloraba por ver enternecido á su marido, y la inocente criatura derramaba sus lagrimillas sabiendo apenas por qué. La abracé tambien, le hice sus sorroclocos, y pa-

sados aquellos primeros transportes, me acabó de contar D. Antonio sus trabajos, que pararon en que viniendo para México á poner á su hija en un convento, con designio de radicarse en esta capital, habiendo realizado todos sus bienecillos que habia adquirido en Acapulco, en el camino le salieron unos ladrones, lo robaron y le mataron al viejo mozo Domingo, que los sirvió siempre con la mayor fidelidad. Que ellos en tan deplorable situacion se valieron de un relicario de oro que conservó su hija ó se escapó de los ladrones, y el que vendieron para comprar un jumento, en el que llegó á mi casa D. Antonio muy enfermo de disenteria, habiendo tenido que caminar los tres sin un medio real como treinta leguas, manteniéndose de limosna hasta que llegaron á mi casa.

Quando mi amigo D. Antonio concluyó su conversacion, le dije: no hay que afligirse. Esta casa y cuanto tengo es de vd. y de toda su familia. A toda la amo de corazon por ser de vd. y desde hoy vd. es el amo de esta casa.

En aquella hora los hice pasar á mi recámara, les di buenos colchones, cenamos juntos y nos recogimos.

Al dia siguiente saqué géneros de la tienda y mandé que les hicieran ropa nueva. Hice traer un médico de México para que asistiera á D. Antonio y á su mujer, que tambien estaba enferma, con cuyo auxilio se restablecieron en poco tiempo.

Quando se vieron aliviados, convalecientes y surtidos de ropa enteramente, me dijo D. Anto-

nio. Siento, mi buen amigo, el haber molestado á vd. tantos dias: no tengo expresiones para manifestarle mi gratitud, ni cosa que lo valga para pagarle el beneficio que nos ha hecho; pero seria un impolitico y un necio si permaneciera siéndole gravoso por más tiempo; y así me voy en mi burro como antes, rogándole que si Dios mudare mi fortuna, vd. se servirá de ella como propia.

Calle vd., señor, le dije. ¿Cómo era capaz que vd. se fuera de mi casa atenido á una suerte casual! Yo fui favorecido de vd., fui su pobre, y hoy soy su amigo, y si quiere seré su hijo y haremos todos una misma familia. He examinado y observado las bellas prendas de la niña Margarita, tiene edad suficiente, la amo con pasion, es inocente y agradecida. Si mi honesto deseo es compatible con la voluntad de vd. y de su esposa, yo seré muy dichoso con tal enlace y manifestaré en cuanto pueda, que á ella la adoro y á vds. los estimo.

El buen viejo se quedó algo suspenso al escucharle; pero pasados tres instantes de suspension me dijo: D. Pedro nosotros ganamos mucho en que se verifique semejante matrimonio. A la verdad que, consid-rándolo con arreglo á nuestra infeliz situacion, no lo podemos esperar mejor. La muchacha tiene cerca de quince años, y es algo bonitilla: ya yo estoy viejo y enfermo, poco he de durar: su pobre madre no está sana, ni cuenta con ninguna proteccion para sostenerla despues de mis dias. Por lo regular si ella no se casa mientras vivo, acaso quedará para pasto de

los lobos y será una jóven desgraciada. Pienso que este es el que me quita el sueño muchas noches.

Esto es decir, amigo, que yo deseo casar á mi hija cuanto ántes; pero como padre al fin, quisiera casarla no con un rico ni con un marqués; pero sí con un hombre de bien, con experiencia del mundo, y á quien yo conociera que se casaba con ella por su virtud, y no por su tal cual hermosura.

Todas estas cualidades y muchas más adornan á vd. y en mi concepto lo hacen digno de mujer de mejores prendas que las pocas que me parece tiene Margarita; pero es preciso considerar, que á vd. le han de faltar pocos años para cuarenta, según su aspecto, y suponiendo que tenga vd. treinta y seis ó treinta y siete, esa es una edad bastante para ser padre de la novia, y esto puede detenerla para querer á vd. Se dos cosas bien comunes. La una, que un moderado exceso en la edad de un hombre respecto á la de la mujer, tan lejos está de ser defecto, que antes debería verse como circunstancia precisa para contraerse los matrimonios, pues cuando los jóvenes se casan tan muchachos como sus novias, por lo regular sucede que acaban mal los matrimonios, porque siendo más débil el sexo femenino que el masculino, y teniendo que sufrir más demérito en el estado conyugal que en otro alguno, sucede que á los dos ó tres partos se pone fin á la mujer, y como en el caso de que hablamos, los muchachos no tienen por lo común otra mira al contraer el matrimonio que la posesion de un objeto hermoso, sucede

también, por lo común, que acabada la belleza de la mujer, se acaba el amor del hombre, pues cuando es de treinta ó treinta y seis años, ya su mujer parece de cincuenta: le es un objeto despreciable y la aborrece injustamente.

Esta razon, entre otras, debería ser la más poderosa para que ni los hombres se casaran muy temprano, ni las niñas se enlazaran con muchachos; pero es ardua empresa el sujetar la inclinacion de ambos sexos á la razon en una edad en que la naturaleza domina con tanto imperio en los hombres. Lo cierto es, que los matrimonios que celebran los viejos son ridículos, y los que hacen los niños, desgraciados las más veces. Esto quiere decir que yo apruebo y me parece bien que vd. se case con mi hija, pero ignoro si ella querrá casarse con vd.

Es verdad, y esta es la otra cosa que sé; es verdad que ella es muy dócil, muy inocente, me ama mucho, y hará lo que yo le mande; pero jamás la obligaré á que abrace un estado que no le incline, ni á que se una con quien no quiera, en caso que elija el matrimonio.

En virtud de esto, vd. conocerá que el enlace de vd. con mi hija no depende de mi arbitrio. En ella consiste: ya la dejaré en entera libertad sin violentar para nada su eleccion, y si quisiere, para mí será de los más lisonjero.

Concluyó D. Antonio su arenga, y yo le dije: Señor, si solamente estos son los reparos de vd. tolos están alarados á mi favor, y desde luego mi dicha será cierta si vd. y la señora su esposa dan su beneplácito; porque ántes de hablar á vd.

sobre el particular, examiné el carácter de su niña, y no sin admiración encontré en tan tiernos años una virtud muy sólida y unos sentimientos muy juiciosos.

Ellos me han prendado más que su hermosura, pues esta acaba con la edad, ó se disminuye con los achaques y enfermedades que no respetan á las bellas. De buenas á primeras manifesté á su niña de vd. mis sanas intenciones, y me contestó con estas palabras que conservaré siempre en la memoria: Señor, me dijo, mi padre dice que vd. es hombre de honor, y otras veces ha dicho que apetecería para mí un hombre de bien aunque no fuera rico. Yo siempre creó á mi padre porque no sabe mentir, y á vd. lo quiero mucho despues que lo ha socorrido: me parece que con casarme con vd. aseguraria á mis pobres padres su descanso; y así ya por no verlos padecer más, y ya porque quiero á vd. por lo que ha hecho con ellos, y porque es hombre de bien como dice mi padre, me casara con vd. de buena gana, pero no sé si querrán mi padre y madre, y yo tengo vergüenza de decírselos.

Esta fué la sencilla respuesta de su niña de vd tanto mas elocuente cuanto más desouada de artificio. En ella descubrí un gran fondo de sinceridad, de inocencia, de gratitud, de amor filial, de obediencia y de respeto á sus padres y bienhechores. Pensaba cómo significarle á vd. mi deseo; mas queriendo vd. separarse de mi casa me he precisado á descubrirme. De parte de los prometidos todo está hecho; resta sólo el consenti-

miento de vd. y de su mamá que les suplico me concedan.

Don Antonio era sério pero afable; y así despues que me oyó se sonrió, y dándome una palmada en el hombro me dijo: ¡Oh amigo! Si ya vdes. tenían hecho su enjuague, hemos gastado en vano la saliva. Vamos, no hay muchacha tonta para su conveniencia. Apruebo su elección; todo está corriente por nuestra parte; pero si lo ha pensado vd. bien, apresure el paso, que no es muy seguro que dos que se aman aunque sea con fines lícitos, vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro, y encargándole el cuidado de la tienda y del meson, mande en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México.

Luego que llegué, conté á mi amo todo el pasaje, dándole parte de mi designio, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como á mi confesor y como á mi amigo, le avisé tambien de mis intentos, y en prueba de quanto le acomodaron, interesó sus respetos, y en el término de ocho dias sacó mis licencias bien despachadas del provisorato.

En este tiempo visité á mi amo el chino y al padre capellan, á Don Tadeo y á Don Jacobo, convidándolos á todos para mi boda. Asimismo mandé convidar á Anselmo con su familia: compré las donas ó arras que regalé á mi novia, y como tenía dinero, facilité desde esta capital todo el que era menester para la disposicion del festejo.

Un comboy de coches salió conmigo para San Agustín de las Cuevas el día en que determiné mi casamiento. Ya Anselmo estaba en mi casa con su familia; y su esposa, que elegí para madrina, habia vestido y adornado á Margarita de todo gusto, aunque no de rigorosa moda, porque era discreto y sabia que el festin habia de celebrarse en el campo, y yo queria que luciera en él la inocencia y la abundancia, mas bien que el lujo y ceremonia. Segun este sistema y con mis amplias facultades, dispuso Anselmo mi recibimiento y el festejo segun quiso y sin perdonar gasto. Como á las seis y media de la mañana llegué á San Agustín, y me encontré en la sala de mi casa á mi novia vestida de túnico y mantilla negra, acompañada de sus padres; á Anselmo con su esposa y familia; á Andrés con la suya, y los criados de siempre.

Luego que pasaron las primeras saluciones que prescribe la urbanidad, envió Anselmo á avisar al señor cura, quien inmediatamente fué á casa con los padres vicarios, los monacillos y todo lo necesario para darnos las manos. Se nos leyeron las amonestaciones privadas, se ratificó en nuestros dichos, y se concluyó aquel acto con la mas general complacencia.

Al instante pasamos á la iglesia á recibir las bendiciones nupciales y á jurarnos de nuevo nuestro constante amor al pié de los altares.

Concluido el angusto sacrificio, nos volvimos á esperar al señor cura y á los padres vicarios. Se desnudó mi esposa de aquel traje, y mientras que la madrina la vestia de boda, entré yo á la coci-

na para ver que tal disposicion tenia Anselmo; mas éste lo hizo todo de tal suerte, que yo que era el dueño de la funcion me sorprendia con sus rarezas.

Una de ellas fué no hallar ni lumbre en el brasero. Salí á buscarlo bien avergonzado, y le dije: hombre ¡qué has hecho por Dios! ¡Tanta gente de mi estimacion en casa y no haber á estas horas ni prevencion de almuerzo! ¡No te escribí que no te pararas en dinero para gastar cuanto se ofreciera! ¡Voto á mis penas! ¡Qué vergüenza me vas á hacer pasar, Anselmo! Si lo sé no me valgo de ti seguramente.

¡Pues cómo ha de ser, hijo! Ya sucedió, me respondió con mucha flemma; pero no te apures. Yo tengo una familia que me estima en este pueblo, y allá nos vamos á almorzar todos, luego que lleguen el señor cura y los vicarios.

Esa es peor tontera é impolítica que todo, le dije: ¿no consideras que cómo nos hemos de ir á encajar de repente mas de veinte personas á una casa, donde tal vez no tendré yo el mas mínimo conocimiento? Y luego á almorzar sin haberles avisado.

Como de esas imprudencias se ven todos los días en el mundo, decia Anselmo: en los casos apurados es menester ser algo sin vergüenzas para no pasarlo tan mal.

Renegaba yo de Anselmo y de su flemma, cuando nos llamaron diciéndonos que ya estaban en casa los padres.

Salí á complimentarlos bien amostazado, y me hallé con mi esposa trasformada de cortesana en

pastora de la Arcadia; porque la madrina la vistió con un túnico de muy fina musolina bordada de oro: le puso zapatos de lama del mismo metal y le atravesó una banda de seda azul celeste con franjas de oro. Tenia el pelo suelto sobre la espalda y recogido en la cabeza con un lazo bordado, y cubierta con un sombrero de raso tambien azul con garzotas blancas.

Este sencillo traje me sorprendió tambien, y me serenó algo la cólera que me habia dado el descuidado de Anselmo; porque como mi novia era hermosa y tan niña, me parecia con aquel vestido una ninfa de las que pintan los poetas.

A todos les pareció lo mismo y la celebraban á porfía.

Cuando Anselmo me vió un poco sereno, dijo: vámonos, señores, que ya es tarde. Salieron todos y yo con ellos al lado de mi esposa, pensando con qué pito iria á salir el socarrón de Anselmo; pero ¡cuál fué mi gusto cuando llegando á una gran casa de campo, que era de un conde rico, fui mirando lo que no esperaba!

No quiso Anselmo que nos diáramos en ver la casa, sino que nos dirigió en derechura de la huerta, que era muy hermosa y muy bien cultivada.

Al momento que entramos en ella salió á recibirnos una porción de jovencitas muy graciosas como de doce á trece años, las que vestidas con sencillez y gallardía, teniendo todas ramos de flores en las manos, formaban unas contradanzas muy vistosas al compás de dos famosos golpes de música de viento y de cuerda que para el caso estaban prevenidos.

Esta alegre comitiva nos condujo al centro de la huerta, en el que habia colocadas con harta semeiría muchas sillas decentes, y asimismo el suelo estaba entapizado con alfombras.

Se gozaba del aire fresco sin que los rayos del sol incomodaran para nada, porque pendientes de los árboles estaban varios pabellones de damascos encarnados, amarillos y blancos, que daban sombra y hermosura á aquel lugar en que se respiraban las delicias mas puras é inocentes.

Pasado un corto rato, salieron de un lado de la huerta porción de criadas y criados muy aseados, y tendiendo sobre las alfombras los manteles, nos sentamos á la redonda y se nos sirvió un almuerzo bastantemente limpio, abundante y sazonado, durante el cual nos divirtió la música con sus cadencias, y las muchachas con la suavidad de sus voces con que cantaron muchos discretos epitalamios á mi esposa.

Acabado el almuerzo, nos fuimos á pasear por la huerta, hasta que fué hora de comer, lo que tambien se hizo allí por gusto de todos.

A las siete de la noche se si vió un buen fresco; hubo un rato de baile hasta las doce, hora en que se dió la cena, y concluida nos recogimos todos muy contentos.

Al dia siguiente se despidieron los señores convidados de jó dome mi expresiones de afecto, y ofreciéndose con el mismo á mi disposición y de mi pisa. Mi padrino, que saben vos, que fué mi ayo, entendiéndolo de que Anselmo habia corrido con el gasto general de la función, le pidió la cuenta para pagarla, desandando hacerme algun ob-

sequio; pero se admiró demasiado cuando esperando hallar una suma de seiscientos ó más pesos segun la abundancia y magnificencia de la fiesta encontró que todo ello no habia pasado de doscientos.

Apenas lo creia; pero Anselmo le aseguró que no era más, y le decia: Señor, no son los festejos más lucidos los que cuestan más dinero; sino los que se hacen con mas orden, y como la mejor disposicion no es incompatible con la mayor economía, es claro que no puede hacerse una funcion muy solemne sin desperdicios, que son en los que no se repara, y los que hacen las funciones más costosas sin hacerlas más esplendidas.

Es mucha verdad, dijo mi amo, y supuesto que el gasto es tan corto, que lo laste mi ahijado, que yo me reservo para mejor ocasion el hacerle su obsequio á mi ahijadita. Diciendo esto, se fué á México, Anselmo á su destino y yo á mi tienda.

Con el mayor consuelo y satisfaccion vivia en mi nuevo estado, en la amable compañía de mi esposa y sus padres, á quienes amaba con aumento, y era correspondido de todos con el mismo.

Ya mi esposa os habia dado á luz, queridos hijos míos, y fuisteis el nudo de nuestro amor, las delicias de vuestros abuelos, y los más dignos objetos de mi atencion; ya contabais tú, Juanita, dos años de edad, y tú, Carlos, uno, cuando vuestros abuelos pagaron el tributo debido á la naturaleza, llevándose pocos meses de diferencia en el viage uno al otro.

Ambos murieron con aquella resignacion y

tranquilidad con que mueren los justos. Les di sepultura y honré sus funerales segun mis proporciones. Vuestra madre quedó inconsolable con la tai pérdida, y recesitó valerse de todas las consideraciones con que nos alivia en tales lances la religion católica, que puede ministrar auxilios sólidos á los verdaderos dolientes.

Pasado este cruel invierno, todo ha sido primavera, viviendo juntos vuestra madre, yo y vosotros, y disfrutando de una paz y de unos placeres inocentes en una mediania honrada, que sin abastecerme para superfluidades, me ha dado todo lo necesario para no desear la suerte de los señores ricos y potentados.

Vuestro padrino fué mi amo, quien mientras vivió os quiso mucho, y en su muerte os confirmó su cariño con una accion nada comun que sabreis en el capítulo que sigue.